

BRASIL: DECLIVE DE LOS GOBIERNOS PROGRESISTAS Y ASCENSO DE LA DERECHA

Bajo el Volcán, año 2, no. 3 digital, noviembre 2020-abril 2021

María da Gloria Marroni¹

Recibido: 26 de mayo, 2020

Aceptado: 24 de agosto, 2020

RESUMEN

A partir de la segunda década del siglo XXI se inicia un debate sobre el fin del ciclo de los gobiernos progresistas en América Latina y el ascenso de la derecha al poder. Esta discusión resalta las características del proceso en sus diferencias respecto a los tradicionales golpes militares y su rompimiento evidente del orden constitucional. El artículo, a propósito de lo anterior, abordará el caso de Brasil, uno de los más paradigmáticos e ilustrativos de este proceso en el continente. Se destaca inicialmente, cómo la situación actual tiene antecedentes en la formación histórica de una sociedad con una estructura desigual y el ejercicio del poder de manera autoritaria por una oligarquía que se resiste a perderlo o compartirlo; en el segundo momento, se describen las circunstancias que permitieron el ascenso de los presidentes Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff (2003-2016), procedentes de fuerzas progresistas, sus programas implementados con alcances populares y la oposición que enfrentaron; finalmente, en los apartados tercero y cuarto se muestra la dinámica de desplazamiento consecuente del proyecto que representaban y cómo se articularon las diversas fuerzas opositoras para cumplir con sus objetivos. Asimismo, se plantea la discusión sobre las características de

¹ Profesora investigadora del ICSyH-BUAP.

los golpes blandos, parlamentarios o institucionales como una expresión de la realidad de la segunda mitad del siglo XXI: la toma del poder por parte de grupos conservadores nacionales, aliados con los internacionales para garantizar la sobrevivencia del capitalismo neoliberal. A pesar de tratarlo aquí, el debate queda abierto haciendo extensiva una invitación para profundizarlo.

Palabras clave: golpes blandos, Brasil, gobiernos progresistas, democracia liberal

ABSTRACT

Starting in the second decade of the 21st century, a debate began about the end of the cycle of progressive governments in Latin America and the rise of the right to power. This discussion highlights the characteristics of the process in its differences from traditional military coups and their evident breakdown of the constitutional order. The article takes up the debate to deal with the case of Brazil, one of the most paradigmatic on the continent, to illustrate this process. It is initially highlighted how the current situation has antecedents in the historical formation of a society with an unequal structure and the authoritarian exercise of power by an oligarchy that resists losing or sharing it. In the second moment, the circumstances that allowed the rise of Presidents Luiz Inácio Lula da Silva and Dilma Rousseff (2003-2016), from progressive forces, and their implemented programs with popular reach, as well as the opposition they faced, are described. Finally, the third and fourth sections show the dynamics of displacement of the projects they represented and how the various opposition forces articulated to meet their objectives. The discussion on the characteristics of soft coups, whether parliamentary or institutional, is presented, considering that they are the expression of the reality of the second half of the 21st century: the seizure of power by national conservative groups allied with international ones to guarantee the survival of neoliberal capitalism. It is concluded that this is an open debate, with further research needed.

Keywords: soft blows, Brazil, progressive governments, liberal democracy

INTRODUCCIÓN

El declive de los gobiernos progresistas en América Latina es un tema de debate en los medios políticos y académicos, surgido casi simultáneamente con las diversas circunstancias en que ocurrieron; se ensambla con el ascenso de viejas y nuevas derechas.

En este artículo se propone, a partir del caso brasileño, una reflexión sobre las articulaciones de este espectro de la derecha para desplazar las experiencias de los gobiernos de carácter popular en América Latina. ¿Representan el fin del ciclo progresista de los gobiernos del continente, como se afirma frecuentemente?

Se analiza la reciente coyuntura en Brasil, caracterizada como una etapa de golpes blandos, institucionales o parlamentarios, los cuales desplazaron a los gobiernos establecidos a partir del año 2002 con las victorias electorales de Luiz Inácio Lula da Silva, más conocido como Lula da Silva o Lula, y Dilma Rousseff.

Se destaca la dinámica del retroceso de estas fuerzas vinculadas con demandas populares que buscaban transformaciones en la desigual sociedad brasileña en el contexto de reacomodo del capitalismo en su forma neoliberal al inicio del siglo XXI. La premisa de la cual se parte es la existencia de una emergencia de los grupos conservadores anteriores, coordinados con los nuevos, vinculados a los procesos de globalización (no sin contradicción entre ellos).

Para la elaboración del estudio, se dio un seguimiento a los acontecimientos diarios planteados en un momento complejo. Esto representó un reto por su difícil previsión y sus escenarios posibles, dadas las contradicciones entre las diversas fuerzas que disputaban (y disputan) la hegemonía del control del país. Se abordó el problema con estrategias netnográficas, con un seguimiento continuo de la información de fuentes originales –sobre todo generadas en Brasil– y entrevistas virtuales. También se realizó trabajo de campo a través de estancias en Brasil en 2013 (Sao Paulo), 2016 (Brasilia) y 2017 (Porto Alegre). La interpretación de los hechos recorre opiniones distintas –algunas discrepantes

entre sí-, aunque coincide en su análisis de admitir una ofensiva de la derecha continental para recuperar los espacios que había perdido con estos movimientos.

El encuadre del momento en su dimensión histórico-estructural resultó en interrogantes no del todo resueltas debido a su complejidad, la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos y sobre todo la relación, no siempre fácil de deslindar, entre los aspectos estructurales y los coyunturales. Tres interrogantes se hacen presentes: ¿En qué medida los rasgos estructurales de una sociedad clasista y esclavócrata de más de cinco siglos de dominación –sea de colonización portuguesa o de una oligarquía inicialmente latifundista– se impuso en la conformación de la sociedad actual?; ¿cómo es posible que, después de un proceso de luchas intensas para conquistar una democracia de carácter menos excluyente en Brasil, ocurriera lo que ocurrió?; ¿crea el neoliberalismo figuras políticas como Jair Bolsonaro para acceder y mantener su poder?

BRASIL: EL HOMBRE CORDIAL, EL MITO GENIAL, LA HISTORIA OFICIAL

La contribución brasileña a la civilización
será la cordialidad.
Buarque de Holanda, 1936.

Difícilmente un término –el hombre cordial– fue tan efectivo para construir el imaginario sobre la caracterización de un país y su pueblo, vigente hasta la actualidad. Su consolidación al evocar hospitalidad, generosidad, carnaval, samba y hasta felicidad, vino acompañada de una instrumentalización con fines políticos y académicos; sin embargo, fue objeto de polémica desde su origen.

Los significados que se le atribuyeron no alcanzaron a ser conocidos en el conjunto de la población siquiera a nivel internacional: estaba restringido a círculos de cuño intelectual. Se ubicaba

en un conjunto de transformaciones que ocurrían en el país y en la búsqueda de una identidad nacional: ¿Qué es ser brasileño?, ¿en qué consiste la *brasilidad*?

El intelectual con quien fue identificada tal expresión –Sergio Buarque de Holanda– no fue su creador, como él mismo lo reconoce, pero la trajo a discusión en 1936 en su obra paradigmática y por la que fue conocido: *Raíces do Brasil* (2014).² Fue la década en la que el país buscaba liberarse del yugo de las interpretaciones de corte europeístas y hallar el etnos nacional, aunque estas influencias no fueron eliminadas.

Por el contrario, el origen del concepto sufre la influencia de teorías procedentes del viejo continente, sobre todo, la de Max Weber. La separación entre la razón y la emoción, tan grata a ese autor, aparece también en la caracterización del hombre brasileño y dificultaría la construcción de un país con la racionalidad propia de la modernidad.

La génesis de esta palabra procede de *cordes*, que significa corazón. El brasileño, su cordialidad y su hospitalidad, tienen una actuación emocional no necesariamente positiva, al incluir la ausencia de compromisos, informalidad, familiaridad y patrimonialismo. En palabras del mismo Sergio Buarque de Holanda:

sería engaño suponer que estas virtudes puedan significar buenas virtudes y civilidad [...], un trazo definitivo del carácter brasileño [...] en que permanece activa y fecunda la influencia ancestral de los patrones de convivencia humana formados en el medio rural y patriarcal (Buarque de Holanda, 2014: 176).³

² La expresión es del escritor Ribeiro Couto en una carta dirigida a Alfonso Reyes –embajador de México en Brasil de 1930 a 1936–; por esto es insertada en su publicación *Monterrey* (Buarque de Holanda, 2014: 240).

³ Todas las traducciones al español de las publicaciones en portugués son propias.

Jessé Souza, uno de los autores críticos de este imaginario, empieza la discusión al retomar la expresión:

Nosotros, brasileños, somos el pueblo de la alegría, del calor humano, de la hospitalidad y del sexo. En resumen, somos el pueblo de la 'emocionalidad' y la 'espontaneidad' en cuanto oposición a la racionalidad fría y el cálculo que caracterizaría supuestamente a las naciones avanzadas del centro de la modernidad (Souza, 2009: 29).

Según el autor, en el mito de la *brasilidad* se observa la sustitución del racismo con base en características biológicas por el denominado racismo cultural que derivaría en la formación del *complejo de vira lata*.⁴ Significa que el brasileño es un pueblo con baja estima, con actitudes de perdedor e incapaz de afirmarse entre sí mismos y las demás naciones. Esta clasificación sufrió la influencia de las teorías racistas y eugenésicas desde décadas anteriores, que atribuían al mestizaje, al clima y a otros factores semejantes este complejo de inferioridad, así como la admiración de todo lo extranjero en detrimento de lo propio.

Es una catástrofe social de grandes proporciones. Como las ideas son fundamentales para la acción práctica, jamás seremos un pueblo altivo autoconfiante en cuanto permanecemos víctimas indefensas de este prejuicio absurdo (Souza, 2017: 23).

Las raíces ancestrales de este sentimiento de inferioridad se incrustaron en gran parte de la población; crearon una endofobia como una de las bases de la dominación de la élite para garantizar su supremacía sobre la sociedad brasileña. En el lenguaje coloquial y muchas manifestaciones culturales se advierte la presencia

⁴ El término se refiere despectivamente a los perros callejeros y despreciados. Fue utilizado a partir de su creación en 1950 por el dramaturgo Nelson Rodrigues debido a la derrota de la selección brasileña de fútbol en la copa del mundo de 1950.

de esta percepción negativa sobre sí mismo, propicio a ser explotado políticamente como lo fue en la coyuntura golpista actual.

El concepto de hombre cordial ha sido cultivado también por las élites brasileñas, interesadas en cimentar la idea de que el brasileño es un pueblo pacífico. En las escuelas se enseña que el Brasil fue “descubierto” (y no conquistado por Portugal), a diferencia de la explicación de los hechos ocurridos en los otros países hispanos ocupados por España. Los movimientos contestatarios fueron incorporados a la memoria histórica despojándolos de sus justas reivindicaciones, o negados.

La situación de los afrobrasileños merece una atención primordial. Se trata de la consecuencia de la enorme migración forzada de África, a través de la esclavitud y su posterior descendencia. La violencia del proceso pervivió hasta la actualidad, después de la abolición de la esclavitud, en un racismo sistémico: ha sido negado ya que se trataba de construir una imagen de “democracia racial”. En las escuelas se enseñaba que felizmente en Brasil no había racismo como en Estados Unidos; en general, los negros eran ‘bien tratados’, decían los textos de Historia. Y cuando algún afrobrasileño se destacaba en un área se decía que “era un negro con alma de blanco”.

Durante mucho tiempo, el mito de la brasilidad bloqueó el reconocimiento amplio del racismo entre nosotros: el mito de la cordialidad y de la mezcla de razas siempre sirvió para aminorar las consideraciones sobre el racismo brasileño (Rocha, 2009: 381). La discriminación racial medió por centenares de años y por diversas generaciones las relaciones sociales establecidas en nuestra sociedad, jerarquizando injustamente con base en la subyugación de la población negra (Ferreira, 2013).

Esta situación es reforzada históricamente por la resistencia de la población blanca a reconocer el estatus de ciudadanía de la población afrobrasileña. Brasil fue el último país de América Latina en abolir la esclavitud, en 1888. Esta herencia es señalada frecuentemente como una de las bases de la estructura clasista actual (Singer, 2012: 21), pero no agota la discusión del porqué

el racismo se incrustó tan profundamente en la sociedad hasta la época actual.

A la conformación de esa sociedad donde la élite estaba compuesta inicialmente por latifundistas, se agregó, posteriormente, un grupo constituido por las clases industriales, urbanas y financieras. Estas élites controlan el poder y la riqueza del país, oscilando entre regímenes monárquicos (hasta el final del siglo XIX), dictaduras militares, gobiernos autoritarios de otro tipo o democracias liberales en distintos grados.

La constitución de una relativa clase media dividida por condiciones de ingreso, ideología, perfil educativo y otras características, es clave para entender el debate sobre la estructura clasista actual de la sociedad brasileña. A esto se atribuye la movilidad de las clases pobres y lo que se ha llamado la nueva clase media en Brasil, una categoría también ampliamente discutida (Chauí, 2013; Braga, 2015; Singer, 2012).

EL CICLO PROGRESISTA Y SUS AUTORES: LULA DA SILVA, DILMA ROUSSEFF, EL PARTIDO DE LOS TRABAJADORES Y LAS ALIANZAS CON OTRAS FUERZAS DE IZQUIERDA

Cuando Jânio Quadros renunció a la presidencia de Brasil en 1961, después de ser apoyado por la élite brasileña en las elecciones de 1960, se abrió un vacío de poder, ya que su sucesor constitucional –el vicepresidente João Goulart (Jango), su antagonista–, identificado con movimientos populares, enfrentaba una fuerte oposición para que asumiera el poder, sobre todo, por parte de los militares.

A pesar de los arreglos políticos que permitieron en 1961 superar la crisis y asumir la presidencia, Jango fue obligado a renunciar y a exiliarse en Uruguay en 1964 (Machado da Silva, 2013). Se estableció inmediatamente un gobierno de corte militar dictatorial que se prolongaría más de dos décadas.

En la década de los ochenta, las luchas para eliminar a ese gobierno y establecer una democracia de corte liberal-democrática se incrementaron. En 1980, bajo el liderazgo de Luiz Inácio Lula da Silva, un inmigrante procedente del nordeste, de una zona de extrema miseria en el país (Paraná, 2008), y radicado en San Paulo –donde se desempeñaba como líder de los sindicatos metalúrgicos en la región de ABC, uno de los más fuertes del país–, se crea el Partido de los Trabajadores (PT).

Desde el manifiesto de su fundación, publicado el 21 de octubre de 1980, el Partido de los Trabajadores se configura como:

nacido de las luchas sociales [...] y se constituye como un partido de masas, amplio y abierto, basado en los trabajadores del campo y de la ciudad [...] y destaca que “las luchas específicas de estos trabajadores no son suficientes, los trabajadores necesitan un partido nacional [...] además “esta lucha se da contra los intereses del gran capital nacional e internacional [...]” los trabajadores entienden que la nación es pueblo, por ello saben que el país sólo será efectivamente independiente cuando el Estado sea dirigido por las masas trabajadoras [...] el verdadero carácter de la lucha por las libertades democráticas continuará siendo desplegada no solamente en el parlamento, sino en los sindicatos, fábricas y los barrios como también en el campo (Partido dos Trabalhadores, 1998: 65-73).

A pesar de los cambios en su programa a lo largo del tiempo, ligados a las transformaciones mundiales y nacionales, las modificaciones en la misma composición de la clase obrera, las alianzas realizadas en coyunturas electorales o programáticas, el PT mantuvo su carácter de partido identificado con las fuerzas populares y la población más pobre del país.

En confluencia con otras fuerzas democráticas en la misma década, se inicia un enorme movimiento de apertura democrática simbolizado en la consigna: ¡Directas ja!, que exigía la normalidad democrática, las elecciones libres, la elaboración de una nueva constitución y el fin de la dictadura militar.

Sus exigencias rebasaban la obtención de reformas institucionales-electorales ya que propugnaban por un nuevo modelo de desarrollo fincado en un proyecto popular. El movimiento obtuvo una primera victoria para comenzar el derrumbe de la estructura dictatorial militar existente desde 1964 y promulgar una nueva constitución en 1988. A partir de esta fecha, se habla de una normalidad democrática y se constituye el marco en donde funcionarán las nuevas instituciones.

La República Federativa de Brasil, en 2018, tenía 209.5 millones de habitantes y, como su propio nombre dice, estuvo constituida por un sistema presidencialista-federativo con un pluripartidismo y un sistema de balotaje para el marco electoral; garantizaba el voto directo y universal para los cargos de elección popular a partir de la constitución de 1988. El legislativo (además del judicial), el otro poder en el cual se asienta la nueva estructura del Estado brasileño, desempeña un papel fundamental en las negociaciones de las iniciativas a ser implementadas. Su factor de equilibrio entre diversas fuerzas se ve mermado por la propia estructura en que fue concebido y la posterior fragmentación de la sociedad brasileña que en él se expresaban.

Con un número progresivo de partidos que alcanzó más de 30 a nivel federal, las fuerzas de izquierda estaban condicionadas a hacer alianzas para poder gobernar, aun cuando obtenían un número elevado de legisladores. Prácticas nefastas simbolizadas por la compra de votos de los miembros del congreso para aprobar proyectos u obtener ventajas fueron estableciéndose rutinariamente. Este es el marco donde funcionarían las estructuras de poder administrativas y burocráticas del país a partir de 1988. Sería posible otro, ¿con la correlación de fuerzas existentes entonces?

El PT, para acceder a la presidencia, tuvo que aceptar la imposición de candidatos de otros partidos o coaliciones para la vicepresidencia. En 2010 y 2014, la alianza para la vicepresidencia en el caso de la planilla de Dilma Rousseff recayó en Michel Temer. Fue un caso bastante discutible por los riesgos que enfrentaba el PT al incorporar a personajes y grupos de dudosa confianza

–muchas veces incluidos en el denominado *Centrao*, un grupo de partidos–, siempre regateando de manera oportunista su apoyo.

Este régimen dificultaba la implementación de los programas progresistas y requirió constantes negociaciones que a menudo dejaba insatisfechos los sectores progresistas y alertaba a los conservadores. En este difícil equilibrio se tomaron iniciativas para mantener el espíritu de un programa de izquierda, modificar la correlación de fuerzas en favor de un desarrollo inclusivo y posicionar de manera diferente a Brasil en el escenario mundial.

Desde las medidas tomadas en el periodo estudiado, enumero algunas relacionadas con la reducción de la pobreza y del hambre, el combate a la inequidad prevaleciente en la sociedad brasileña, inclusive las de carácter regional. Al asumir la presidencia, en su discurso inaugural, Lula destacó los inmensos recursos del país, así como algunas otras conquistas obtenidas para concluir que:

Brasil no venció el hambre. Por ello defino como prioridad de mi gobierno un programa de seguridad alimentaria [...]. Como dije en mi primer pronunciamiento después de la elección, si al final de mi mandato todos los brasileños tienen la posibilidad de desayunar, comer y cenar habré cumplido la misión de mi vida (Lula da Silva, 2002: 191).

Este programa fue emblemático del periodo para enfrentar una de las carencias más profundas de la sociedad brasileña: la pobreza alimentaria. Sus resultados fueron reconocidos por organismos internacionales, por los cuales Lula recibió un reconocimiento de la ONU por haber retirado al país del Mapa del Hambre en 2014.

El sector educativo fue otra dimensión estratégica para enfrentar la inequidad de un sistema escolar excluyente que impedía, con varios filtros, el ascenso de la población afrobrasileña, indígena y pobre a mejores oportunidades educativas, confinándola a los puestos más bajos en la escala social. El programa de cuotas reservado a estas poblaciones en las universidades públicas le garantizó cierto acceso y la disminución de esta desigualdad. Fue

uno de los blancos preferidos de los conservadores que se sintieron privados de sus derechos de ocupar estos espacios.

Las políticas de inclusión social también se dieron en el marco de diferentes acciones afirmativas en otros sectores, como salud, vivienda, trabajo (con aumentos del salario mínimo y ampliación de derechos laborales), que garantizaron a millones de brasileños insertarse en mejores condiciones en el mercado de trabajo.

Un programa ambicioso que garantizaría un logro sustancial en la educación fue la propuesta de Dilma Rousseff de invertir los recursos derivados de las ganancias de la mayor explotación petrolera en aguas profundas del mundo. Se trataba de un inmenso yacimiento energético ubicado en el litoral centro-sur del país, el *PréSal*. Era un emprendimiento de alto riesgo –por las dificultades de extraer el crudo en aguas marítimas a una profundidad de más 2000 metros– que asumió exitosamente Petrobras y que otras empresas extranjeras como la Shell no quisieron asumir.

A medida que fue constatada la viabilidad de explorar estas reservas, aumentó el apetito de las trasnacionales por acceder a ellas y modificar el marco legal brasileño para hacerlo. La política energética exterior de Brasil, de limitar la entrega del patrimonio nacional al capital extranjero, afectaba directamente a los intereses de estas compañías. La hizo más amenazante el éxito de estas políticas, sobre todo a nivel continental.

Hay que mencionar la política exterior de los gobiernos de Lula y Dilma, que se había transformado en otra estrategia bien sucedida para consolidar un bloque regional y así negociar mejores condiciones en el escenario mundial. Lula se convirtió en un líder de este bloque con una política externa independiente, fomentó la relación con el Sur Global, en especial de Brasil con África y en América Latina; dio prioridad a la consolidación de los organismos regionales, disminuyendo el alineamiento del país al bloque liderado por Estados Unidos (Fiori, 2013; Maringoni, 2016; García, 2013).

También hubo iniciativas para reformar el poder judicial, un tradicional aliado de los grupos de poder, al proporcionar una mayor autonomía del ministerio público y realizar intentos de una

reforma política. La constitución de 1988, el marco con que se constituyó el Estado brasileño posdictatorial, era obsoleta para la realidad de la segunda década del siglo XXI, pero los márgenes para su modificación eran estrechos.

El paso de la democracia representativa a la participativa fue otra iniciativa de las fuerzas de izquierda en el periodo; produjeron experiencias exitosas para romper la rigidez de las estructuras políticas anteriores. Pero su extensión a espacios más amplios se dificultó en la misma medida en que coincidían con un periodo de crecimiento de la derecha en el continente y en el mundo. Aparecen entonces las limitaciones que enfrentan las fuerzas progresistas cuando intentan intervenir en estructuras de poder ancestrales adaptadas y cohesionadas.

El neoliberalismo del siglo XXI se consolidaba con su tendencia a destruir el Estado de Bienestar. La crisis mundial del 2008 propició una profundización del modelo: favoreció la flexibilización laboral, el aumento de la explotación de grandes masas de trabajadores aliadas a la globalización y deslocalización de las industrias para los países donde la mano de obra era más explotable. También construyó una forma de apropiación de los recursos para su expansión, con las consignas de eliminar el nacionalismo y las fronteras (con excepción para el desplazamiento de la fuerza de trabajo), considerado un nuevo colonialismo, además, presionaba sin concesiones a los gobiernos que les ofrecían algún tipo de resistencia, como el brasileño.

LA COYUNTURA DEL GOLPE Y SU IMPLEMENTACIÓN: LA AVANZADA CONTRA LOS GOBIERNOS PROGRESISTAS EN AMÉRICA LATINA

Denomino la coyuntura del golpe el periodo del 2013 hasta el 2019; las manifestaciones en contra del gobierno en las principales capitales de Brasil en junio del 2013 se ubicaron en el inicio de

esta etapa y, la parte final, en los primeros meses del gobierno de Jair Bolsonaro como presidente.

Brasil ya tenía una tradición de disputas por el poder, que frecuentemente acabaron con los frágiles equilibrios de la democracia liberal, ahora basada en la constitución de 1988. Las expresiones de golpes parlamentarios parecen irreconciliables, pero “si bien el asalto al poder puede ocurrir en cualquier régimen, los golpes parlamentarios sólo ocurren en sistemas de democracia representativas” (Dos Santos, 2017: 13).

Los marcos visibles de esta coyuntura fueron los procesos judiciales contra el expresidente Luiz Inácio de Silva, su posterior prisión e inhabilitación para concurrir a las elecciones del 2018 (septiembre), la destitución de Dilma Rousseff en 2016 y, finalmente, la elección del 2018 y la toma de posesión de Jair Bolsonaro como presidente en enero del 2019. Si bien estos procesos aparecieron como distintos, son parte de la misma estrategia para desplazar los gobiernos electos según los mecanismos de la democracia liberal.

Después de que Lula y Dilma, como candidatos del PT, habían triunfado en las respectivas elecciones, los intentos para desplazar a la izquierda del poder habían fracasado por parte de la oposición derechista, pero no su voluntad de acceder a él, si era necesario por otros medios. Esto significaba utilizar el parlamento, otros recursos institucionales (como el judiciario) y la movilización de algunos otros sectores de la sociedad dispuestos a ello.

Los grupos opositores estaban divididos, desprestigiados, carecían de liderazgo y estaban envueltos en escándalos de corrupción, un tema siempre sensible en la política brasileña. Sin embargo, los escándalos mediáticos fueron selectivos: tenían como objetivo atacar a las fuerzas de izquierda, atribuyéndose actos de corrupción o de otro tipo para desprestigiarlas (reales en algunos casos, sobredimensionados o deformados, en otros). Querían también crear un sentimiento antipolítico que les podría favorecer posteriormente, como de hecho ocurrió.

Al terminar su segundo mandato, en 2010, Lula da Silva tenía prestigio y aceptación, no exento de controversias de sus adver-

sarios o algunos de sus mismos partidarios, insatisfechos por las limitaciones u orientación de sus políticas, sus alianzas con demás fuerzas partidarias, el desgaste del ejercicio del poder, una coyuntura internacional desfavorable y una reorganización de la derecha en todo el continente.

Lula estaba impedido constitucionalmente de concurrir a un tercer mandato. Su sucesión recayó en Dilma Rousseff, electa en 2010 con el 56,05% de los votos en la segunda vuelta; fue la primera mujer en gobernar Brasil y traía una larga militancia de izquierda, primero en movimientos armados,⁵ posteriormente en los partidos de oposición a los gobiernos que luchaban contra la dictadura; por último, se integró al PT, donde desempeñó cargos importantes en el gobierno de Lula.

En junio del 2013 ocurrieron manifestaciones a lo largo de las zonas urbanas de las principales capitales del país, unificadas en contra del aumento del transporte, y compuestas por una diversidad de tendencias, algunas de carácter reivindicatorio y progresistas. Sin embargo, luego surgieron otras que fueron apropiadas por la derecha, como plantea Amaral:

en sus inicios se presentaron como apolíticas y con las consignas de *contra todo lo que está, contra la corrupción y finalmente fuera PT*. Las organizaciones de este tipo como Vem Pra Rua, Revoltados On Line o Movimiento Brasil Libre (MBL) fueron presentadas como apartidistas, espontáneas, basadas en la horizontalidad y las redes virtuales o con líderes independientes. Adoptaron en su estética los colores de la bandera del Brasil y desterraron las rojas, símbolo indiscutible de las luchas de la izquierda (Amaral, 2016: 49).

⁵ Dilma Rousseff tenía una presencia en el movimiento Val Palmares, una organización marxista-leninista que propugnaba por la toma del poder por la vía armada. Con 22 años fue encarcelada en Sao Paulo y enviada al DOI-DOPS (Departamento de Orden Política y Social), cuyo responsable era el Coronel Brillante Ustra; fue sometida a torturas.

Las elecciones del 2014 se realizaron en un escenario más difícil. El gobierno de Dilma Rousseff ya presentaba un desgaste al final del primer mandato y las consecuencias de la crisis mundial del 2008; enfrentaba también una sociedad cada vez más polarizada. El hecho de que la alianza para la vicepresidencia recayera en Michel Temer, del Partido del Movimiento Democrático (PMDB), no despertaba optimismo, como ya se planteó. Este partido tenía antecedentes poco confiables, aunque era uno de los mayores partidos en Brasil. Había ejercido históricamente una moderada oposición dentro de los márgenes permitidos por la dictadura militar, en su intento de mantener la apariencia de democracia parlamentaria. Reelecta para un segundo mandato con 54.5% de los votos, para el periodo 2014-2018, en la segunda vuelta, la impugnación al proceso electoral por parte de sus adversarios (el PSDB y su candidato Aécio Neves) no prosperaron y ella asumió la presidencia en enero del 2015.

Entonces ya estaba en marcha una manera de desplazar al PT de poder. El desencadenante implícito del proceso de *impeachment* fue la voluntad expresada por Lula de concurrir a la elección presidencial del 2018: este hecho era vivido como una amenaza al *establishment* y canalizaba el descontento de algunos sectores de la sociedad brasileña por su caída de ingresos y hasta por los programas redistributivos de atención a los sectores más pobres de los gobiernos del PT.

A pesar de esto, los escenarios preelectorales del 2018 indicaban la victoria de Lula si llegase a competir; entonces, las fuerzas opositoras (que se comentará en los próximos apartados) se agruparon para planear un golpe preventivo, que se concretó en mayo de 2016, con el alejamiento primero temporal (180 días) y después definitivo de Dilma Rousseff, además de la posesión de Michel Temer, su sucesor constitucional. Él mismo estaba envuelto en varios escándalos de corrupción y había sido objeto de pedidos de *impeachment* que no prosperaron, lo que refuerza la hipótesis del direccionamiento del proceso que tenía al PT como su destinatario. También se evidenció que Michel Temer estuvo relacionado con el rompimiento con el PT, condición esencial para el

golpe. Él mismo favoreció la destitución de Dilma posteriormente y asumió la presidencia en agosto de 2016.

Se construyó un escenario en el cual los rituales de la constitucionalidad habían sido cuidadosamente planeados desde el punto de vista jurídico, mediático e ideológico. El PT, las fuerzas de izquierda y otros sectores constitucionalistas, así como varios organismos internacionales y personajes, ofrecieron resistencia y lo denunciaron por considerar el *lawfare* que rodeaba toda la situación.

El proceso jurídico en contra de Dilma era sumamente débil, no había evidencias de que estuviera relacionada con crímenes de corrupción, contra el Estado o de gravedad que ameritara su alejamiento del poder. Fue necesario construir un pretexto y esto fue atribuirle el ejercicio de *Pedaladas fiscales*. Era un mecanismo usual en la administración pública de ejercicio de los recursos, que no implicaba el desvío de los mismos, ni su mal manejo. Tanto es así que Dilma Rousseff no fue inhabilitada políticamente y solamente alejada del gobierno.

En una de las últimas sesiones dedicadas a tratar el caso, agrupados en una mayoría ya concertada con los diputados entonces en la oposición en abril de 2016, se concretó lo que sería el final del proceso de destitución de Dilma, ocurrido en agosto de ese año, con la ratificación del veredicto por el senado en el mismo mes.

La violencia verbal-estructural protagonizada por estos discursos de los diputados se ensañó contra el PT, otras fuerzas de izquierda o hasta liberales. Se exaltó la honestidad, la anticorrupción, los valores morales, religiosos, la importancia de la familia, la tradición, el respeto a la ley y las instituciones; una flamante contradicción en una cámara de diputados donde un gran porcentaje de los que ocupaban los curules estaba acusado de varios delitos.

Jair Bolsonaro era un diputado que pertenecía al *baixo clero* (término utilizado en la jerga parlamentaria para designar a los diputados con poca relevancia). Un capitán que había pasado a la reserva del ejército en 1988 debido a sus conflictos en la institución, a partir de 1992 empieza su carrera política renovando mandatos sucesivos y migrando a varios partidos (cerca de nueve, según al-

gunas fuentes), siempre representando al estado de Río de Janeiro. Había creado una fuerte estructura vinculada a las policías: el clan Bolsonaro, constituido por él y sus hijos –Eduardo, Carlos y Flavio–, ejercía un fuerte control de estas fuerzas y de otros negocios cuyo origen casi siempre no eran transparentes. Por ello, era considerado un *miliciano* en el sentido peyorativo del término. Los escándalos en los que el clan estaba envuelto eran frecuentes, pero no suficientes para que tuvieran alguna consecuencia jurídica o negativa para ellos; al contrario, su apoyo de ciertos grupos de la derecha fundamentalista y su reaproximación al ejercito habían reforzado su poder, desde el cual expresaban su posición al votar por la destitución de Dilma:

Por la familia y la inocencia en los sectores de clase que nunca tuvo el PT, contra el comunismo, por nuestra libertad, contra el Foro de Sao Paulo, por la memoria del Coronel Carlos Alberto Brillante Ustra, el pavor de Dilma Rousseff por Caxias [héroe de las fuerzas armadas brasileñas]. Por nuestras Fuerzas Armadas, por un Brasil en primer lugar y por Dios sobre todas las cosas,⁶ mi voto es por el ‘Sí’ (*La Vanguardia*, 18 de abril del 2016).

Su voto no llamó particularmente la atención, ya que estaba en consonancia con una gran mayoría de los diputados de oposición que representaba.

Con el caso de Lula, la estrategia fue diferente, ya que no envolvió abiertamente al poder legislativo sino al judicial, y se utilizó como mecanismos de actuación cada vez más del *lawfare*, comprometiendo su naturaleza de separación de poderes y sus principios republicanos propios de la democracia liberal:

⁶ La última frase fue utilizada como slogan de la campaña de Jair Bolsonaro en 2018 y guarda relación con el planteamiento del integralismo brasileño, creado en 1932 por Plinio Salgado y con fuerte influencia de los movimientos fascistas europeos.

Enmascarar a la realidad para alcanzar un fin específico es, de hecho, una táctica de *lawfare*, proceso que puede ser entendido como la manipulación del sistema jurídico para perseguir un enemigo, deslegitimarlo, aún alejarlo de su área de actuación (Zanin, Zanin, & Valim, 2017: 29).

Varios intentos en este sentido ya habían sucedido con Lula, sin que ninguno prosperara; en general, incluían el recibimiento de sobornos, regalías y prebendas de grandes empresas para autorizar sus contratos o actividades ilegales, que no tuvieron éxito. Finalmente, la oportunidad se presentó con la *Operación Lava Jato* (operación lavado de carros), iniciada por la Policía Federal Brasileña. Fue así denominada porque se encontraron una serie de documentos en una estación de los establecimientos de este tipo, en 2014, que comprometía a varios personajes de la vida pública brasileña. Desde su inicio la operación fue acusada de selectividad y *lawfare*, básicamente dirigida contra Lula da Silva.

Todo el juicio, en relación a él, fue un enorme espectáculo que alcanzó incesantemente los medios de comunicación, las redes sociales y una estrategia de publicidad que logró movilizar parte de la población en su contra.

Los rostros visibles de esta estrategia fueron el procurador Daltan Dellagnol, representando los trabajos de investigación en la primera instancia de justicia Federal del Estado de Paraná, como parte acusadora, y el Juez Sergio Moro, a cargo de juzgar el caso, ambos ahora ensalzados como el paladín de la lucha contra la corrupción en el poder judicial. El primero apareció en horario estelar en la principal cadena nacional, la Rede Globo, con un Power Point donde Lula aparece como jefe de cuadrilla y responsable de una red de corrupción que alcanzaba grandes empresas brasileñas, como Obredech y Petrobras.

Se había echado a andar una maquinaria para justificar la acusación, aunque sin sustento comprobatorio, ya que ésta se basaba fundamentalmente en delaciones premiadas (beneficios de disminución de su propia pena al proporcionar información sobre otros acusados).

El mismo Dellagnol admitió que no tenía pruebas contra Lula, pero sí la convicción de que era culpable. Ésta y otras irregularidades provocaron un amplio apoyo a Lula, inclusive a nivel internacional: “En Brasil, la presunción de inocencia no tiene ningún significado, ya que, en colaboración con el juez (se refiere a Moro) y sus promotores, crea una expectativa en relación a la culpa de Lula” (Robertson, 2017: 26).

De todas formas, Lula es declarado culpable, en primera y segunda instancia judicial, y conducido a prisión aún sin condena definitiva, que representó otra visible irregularidad del caso. Permaneció en prisión 508 días (de abril de 2018 a noviembre del 2019), siguió alegando su inocencia, recibió un amplio apoyo y su derecho a concurrir a las elecciones del 2018. Finalmente, cuando se le cerraron las oportunidades, el PT nombró en septiembre del 2018 a Fernando Haddad como su candidato a presidente; era un cuadro importante del partido y había sido ministro de educación en los gobiernos de Lula y Dilma. Manuela Dávila del Partido Comunista de Brasil fue nombrada como su vicepresidenta en la misma planilla y fue una militante activa en este periodo. A pesar de la coyuntura tan desfavorable, la planilla alcanzó a disputar la segunda vuelta en las elecciones en 2018, y alcanzó el 44% de los votos.

No obstante, la victoria de Jair Bolsonaro estaba asegurada, con todos los recursos del *establishment* puestos a su disposición. Hoy se investiga si parte de estos recursos, además de los legales, provienen de fondos o estrategias ilegales y manipulación de la misma votación. El nombramiento del General Hamilton Morao en su planilla, como candidato a vicepresidente, fue otra de las garantías que ofreció al sistema para unificar la oposición a su favor, obtener el apoyo del ejército y neutralizar algunos de sus posibles adversarios para la segunda vuelta.

Una de sus primera medidas cuando asumió el poder fue nombrar a Sergio Moro como su Ministro de Justicia y Seguridad Nacional, lo que sugiere que había un compromiso del primero con las demás fuerzas que implementaron el golpe. Esto explica también la discrecionalidad y selectividad y el *lawfare* en los juicios de Dilma Rousseff y Lula da Silva para desplazarlos.

GOLPES BLANDOS, PARLAMENTARIOS O INSTITUCIONALES: ¿NUEVOS ROSTROS DE LA DERECHA EN AMÉRICA LATINA?

Al hablar de golpes en un sentido no clásico del término, este apartado tiene como objetivo reflexionar sobre cómo la derecha latinoamericana está desplazando a los movimientos progresistas, reciclando algunas formas tradicionales para ello u otras no convencionales. Tiene varias dimensiones: a) no se manifiesta como un golpe, ni ruptura de la institucionalidad, b) el judiciary a través del *lawfare* desempeña un papel activo; c) unifica a la derecha en todas las tendencias en las que se encontraba (y se encuentra) sumamente dividida; d) se enfrenta a una ofensiva unificada masiva de los medios de comunicación, con la Red Globo a la cabeza en Brasil, apoyada por un *marketing* de tecnología de punta; e) se depara a una ofensiva externa por parte de los Estados Unidos, dispuestos a recuperar su hegemonía sobre América Latina; f) encuentra una izquierda activa en algunos sectores, debilitada en otros, con dificultades de hacer frente a la ofensiva coordinada en su contra, y con la ruptura con el vicepresidente Michel Temer del Partido del Movimiento Democrático; g) moviliza a los sectores más conservadores de la clase media, así como a algunos de las clases más pauperizadas.

La expresión *autoritarismo furtivo*, utilizada por Singer (2020: 1), puede contribuir también a caracterizar el momento. El autor destaca tres rasgos básicos del concepto: a) la lentitud para alcanzar la ruptura con la democracia, b) el uso de los medios aparentemente legales y, c) la conducción del proceso por políticos democráticamente electos.

Fueron varios sectores los que organizaron o contribuyeron a concretar el golpe, fuese directamente al nivel del congreso o, a través de los poderes fácticos que presionaron para ello vía el poder judicial (ya descrito en el apartado anterior) o el legislativo. Al nivel del congreso, según algunos analistas, el golpe fue comandado por las bancadas 4B: Buey (agronegocio), Biblia (evangélicos

conservadores), Banca (sector financiero) y Bala (policías ligados a las diversas mafias criminales o vinculados a la industria armamentista).

El agronegocio ejerció una oposición permanente a la larga lucha en contra del latifundio, ahora transformado en agronegocio. No se concretizaron los avances aún moderados para enfrentar la cuestión, no sólo de acceso a la tierra, sino también para crear una agricultura campesina productiva, competitiva y con un nuevo concepto de comunidad rural.

La cuestión reside en su voracidad para apropiarse de cada extensión del territorio brasileño y desarrollar su modelo de producción de *commodities*, que transformó a Brasil en uno de los mayores exportadores de granos, en especial de soya:

implementar la reforma agraria es preciso más que la desconcentración fundiaria, es imprescindible eliminar la hegemonía del agronegocio sobre las políticas de desarrollo de la agricultura y reconocer la importancia de las relaciones de producción, como la familiar, la asociativa y a la cooperativa (Mançano, 2013: 192).

El sector está formado por un conjunto de empresarios representantes del *establishment*, sus tentáculos abarcan el sector bancario, agroindustrial, exportador y controla una parte importante de los miembros del congreso.

En la misma línea de argumentación se podría hablar de la cuestión ambiental, cuyas limitaciones estuvieron condicionadas por la presión de estos grupos. Particularmente grave fue la deforestación de las selvas existentes, sobre todo, de la Amazonia, y la expulsión del territorio de sus habitantes originales, en especial, de los grupos indígenas.

El sector evangélico conservador fue otra fuerza que desempeñó un papel activo en la coyuntura golpista más allá de la expansión de su ideología en el mercado religioso. Esta expansión se explica por varios elementos: su aparente contradicción entre su

conservadorismo religioso y la adopción de la Teología de Prosperidad, su condición de instrumento eficaz para combatir la Teología de la Liberación –de fuerte arraigo en Brasil– y para atraer una fuerte clientela de las clases populares. También ha sido fuente de creación de grandes fortunas para sus pastores aliados, inclusive con lazos familiares con la familia Bolsonaro y que representó una de sus bases de apoyo. La tercera esposa de Jair Bolsonaro es evangélica, pero su vínculo más fuerte parece residir en el apoyo del obispo y fundador de la Iglesia Universal del Reino de Dios, Edir Macedo. Dueño de una cadena de medios de comunicación liderados por la TV Récord, su mensaje mesiánico se basa en la Teología de la Prosperidad, donde Dios es fuente de sanación y bendice el progreso individual y la riqueza; por lo tanto, representa un recurso de fácil acceso a varios grupos en situación precaria o con dificultades insolubles. Es uno de los hombres más ricos del mundo y fue acusado varias veces de haber construido su fortuna con base en la explotación de sus feligreses, acusaciones que no pudieron prosperar por el poder que ejerce.

En la imposibilidad de mencionar los varios elementos presentes en el escenario, cabe hacer referencia a la participación de grupos externos ligados a la derecha norteamericana y a personajes como Steve Bannon, relacionado a su vez con el apoyo del aparato judicial brasileño (sobre todo del juez Sergio Moro,) con amplios vínculos con Estados Unidos, aunque esto fue manejado con bastante discreción.

Los grupos empresariales dirigidos por la poderosa FIESP (Federación de los Industrias de São Paulo) no fueron tan discretos. Ellos utilizaron una imagen icónica de enormes patos amarillos colocados en lugares públicos estratégicos en el territorio nacional, era una advertencia y una incitación al movimiento golpista: “no vamos a pagar el pato...”

El papel de la clase media fue bastante controvertido; fue uno de los sectores más polarizados por la intensidad del discurso de odio y una parte de ella se vio bastante influenciada por este discurso, invariablemente enfocado contra los gobiernos del PT.

Con resultados aún tímidos, los programas sociales inaugurados en 2002 suscitaron incómoda alergia a las clases medias y altas. Como es notorio, las clases altas son conservadoras por aversión al riesgo, y las clases medias son liberales solamente en cuanto estos valores no tienen valía, sin el peligro de absorción en la rutina diaria de los pobres (Dos Santos, 2017: 161).

Los monopolios mediáticos fueron un factor integrador de todas estas fuerzas a favor del golpe, estaban comandados por la poderosa red Globo, cuyos tentáculos abarcaban todo el espectro de las comunicaciones y todo el territorio nacional. Ejerció una oposición sin treguas al gobierno, fue un factor decisivo en la articulación del golpe. Su poder fue tan grande que Amorim (2015: 16) lo denominó *PIG –Partido de la Imprensa Golpista–*, añadiéndole, además de la Red Globo, grandes periódicos: *El estado de São Paulo*, *Folha de São Paulo* y muchos de sus subproductos. En realidad, cuatro familias ejercen el control de la comunicación mediática en el país: los Marinho (de la organización Globo), los Civitas (grupo AbrilVeja), los Frias (grupo Folha) y los Mesquita (Grupo El Estado), según Lopes (2016: 121). También el Grupo Record, vehículo de la cadena perteneciente a la Iglesia Universal del Reino de Dios, adquiere cada vez mayor influencia debido al propio crecimiento de esta iglesia.

Todos estos factores combinados propiciaron la emergencia de una figura como Jair Bolsonaro al escenario nacional. También estaba dispuesto a venderse al mejor postor –en este caso el Partido Liberal Social (PSL)– para triunfar en la elección del 2018. La fuerte resistencia de las fuerzas, no sólo de la izquierda, sino también liberales o constitucionalistas, no fue capaz de enfrentar la investida de esta alianza conservadora.

Bolsonaro es el típico político moldeado por las estrategias neoliberales de control de los gobiernos actuales, tan exitosas en algunos países: su discurso antipolítico (cuando se desarrolló casi toda su vida en los corredores parlamentarios); sus expresiones

contra la “vieja política”,⁷ cuando él fue uno sus mayores beneficiarios; promete un país libre de la corrupción; hace resurgir el fantasma del anticomunismo; acusa invariablemente a la izquierda, al PT, de falta de patriotismo, al mismo tiempo reduce el concepto a un patriotismo mediático para distraer la atención de su alineamiento cada vez más estrecho con Estados Unidos, y la entrega de los recursos del país al capital transnacional. Emplea un lenguaje moralista-religioso cuando su vida personal y pública se finca en escándalos, asociación con poderes y riqueza vinculados a actividades, por lo menos, de dudosa procedencia. Es hábil para utilizar el complejo de *vira lata* del pueblo brasileño para obtener apoyo de la parte de las clases más marginadas del país.

Se presenta como contradictorio e inestable en un juego para confundir a sus adversarios y aun a sus partidarios, lo que Singer (2020) determina como una de las características del autoritarismo furtivo, citado anteriormente. Crea conflictos a niveles diplomáticos hasta con países aliados o socios comerciales.

Criminaliza a los pobres y negros identificándolos con delincuentes (“bueno es el bandido muerto”) y pregona la línea dura para combatirlos;⁸ su apoyo a la liberación de ventas de armas (“para que el ciudadano de bien pueda defenderse”) recibe el beneplácito de la industria armamentista y de las clases medias agobiadas por la falta de control de estas fuerzas.

Al referirse a las causas de los conflictos recientes en su confrontación con el judiciario, Bolsonaro “radicaliza el discurso”, normaliza la violencia y “crea electores a su imagen” (Carvalho, 2020).

Su discurso de odio ha polarizado como pocas veces a la sociedad brasileña; no se trata sólo de enfrentar a los pocos ricos con

⁷ Las expresiones de Bolsonaro fueron repetidas en innumerables ocasiones y foros, y reproducidas constantemente; en este texto se ejemplifican algunas de ellas.

⁸ Una de las imágenes más recurrentes de su campaña fue donde él aparece con la mano simulando un arma en posición de disparar.

una masa pauperizada, sino a sectores de ésta entre sí y con las clases medias también fracturadas.

Antifeminista y misógino (“tengo cinco hijos, cuatro fueron hombres; ahí, en el quinto, me dio una debilidad y nació una mujer”; “usted no merece ser violada porque es muy fea”, contestó a una diputada en una sesión del congreso); homofóbico (“prefiero tener un hijo muerto que homosexual”); racista y aporofóbico (“Los indígenas no hablan nuestra lengua, no tienen dinero, no tienen nuestra cultura; son vagos y no sirven ni para reproducirse, cómo es posible que tengan el 13% del territorio nacional?”).

Sus declaraciones despertaron controversias de manera permanente. Lo mantenían en los reflectores utilizados por el *marketing* que le asesoraba, por la crítica de sectores democráticos, pero sobre todo por las redes que avivaban la polémica.

Y se reproduce la pregunta inicial: ¿Crea el neoliberalismo figuras políticas como Jair Bolsonaro? Es inconcebible que un personaje con estas características haya podido escalar a tal nivel en la estructura de gobierno sin los poderes que lo apoyaron. De los ya comentados anteriormente, falta uno que ha adquirido un papel preponderante: las fuerzas armadas (aunque no todos los grupos de éstas). Siempre vigilantes, con una vocación autoritaria, con poca confianza en el poder civil, ellas tutelaron la transición a la normalidad democrática. De manera paulatina pasaron de esta tutela a un control que se hizo más abierto cuando incrustaron al general Hamilton Mourão como candidato a la vicepresidencia en la planilla de Jair Bolsonaro. Y sucesivamente fueron incorporando más de sus cuadros a los ministerios y puestos de alto rango en su gobierno.

Los militares nunca estuvieron de acuerdo con la caracterización de los acontecimientos de 1964 como un golpe militar (que para ellos fue una revolución) y con la construcción de la memoria histórica como dictadura, además de su anticomunismo y anti izquierdismo tradicional. Bolsonaro les prometió reescribir la historia de Brasil eliminando de ésta los resquicios de los gobiernos de izquierda. Su ideario conservador lo llevó a combatir sin treguas al “marxismo cultural” e intentar establecer un rígido control a la

libertad de cátedra (además del incentivo a la educación privada). Para satisfacer a sus aliados fundamentalistas religiosos atacó sin contemplaciones la “ideología de género”.

Sin embargo, los compromisos de Bolsonaro van más allá de responder a las demandas de las fuerzas armadas, para satisfacer la de otros sectores claves que lo apoyaron. Se trataba de revertir algunos de los logros obtenidos durante la gestión del PT. Entre ellos se destacan las reformas laborales y de la Previdencia Social, con reducción o eliminación de los derechos de los trabajadores; la disminución del gasto en programas sociales; la afectación a los procesos de reforma agraria y los decretos que reconocían los derechos de los indígenas y poblaciones originarias de acceder a los territorios que habitaban hace décadas o siglos. El más grave de estos procesos es la entrega de estos territorios a los empresarios del agronegocio, sobre todo, de la Amazonia, y de la riqueza minera.

Las privatizaciones en el sector energético, de salud y educativo avanzan de acuerdo con el proyecto neoliberal que sustentó el recambio de gobierno. La desincorporación de entidades públicas esenciales en el modelo anterior también fue alcanzada. Entonces se tienen más elementos para reflexionar sobre una de las interrogantes iniciales de este documento: ¿Crea el neoliberalismo figuras políticas como Jair Bolsonaro?

REFLEXIONES FINALES

En el inicio del 2011, en una de las primeras entrevistas concedidas después de dejar su segundo mandato, a la pregunta del interlocutor: “¿Lo que el señor lamenta de esta última década?” Lula responde: “Si existiera un ciudadano que no puede reclamar de los últimos años, soy yo”. A pesar de su satisfacción con sus dos mandatos, él admite errores, dificultades y también peligros:

La elección se está quedando muy complicada para el Brasil y en el mundo. En Brasil, si el PT no reacciona a esto, pocos partidos estarán dispuestos a esto. Entonces el PT precisa reaccionar e intentar colocar en discusión la reforma política (Lula da Silva, 2013: 29).

Fue imposible cumplir pautas para ello y el impedir el golpe posterior, aun cuando en el periodo, en determinadas regiones y entre diversos sectores sociales, la resistencia fue significativa. Sin embargo, la estabilidad anhelada por la derecha no se concretó y ya en los primeros meses del nuevo gobierno, comandado por un personaje peculiarmente inestable y contradictorio –que había ganado apoyo de sectores poderosos–, las divergencias afloraron. En 2017, Dos Santos preveía con especial agudeza este escenario:

La coalición golpista, raramente es homogénea, abriga intereses en conflictos y están ambiciosos de recompensa. Fuera de la unanimidad contra el gobierno golpeado emerge la disputa por el control del gobierno instalado, hasta que se restablezca el precario cotidiano anterior, con el cambio en los personajes principales. [...] El acuerdo previo sobre quién debe dejar el gobierno no anticipa quién debe heredarlo y aún menos cómo ejercerlo (Dos Santos, 2017: 17).

Sergio Moro, exministro de Justicia y Seguridad Pública, verdugo de Lula, ahora lidera la lucha para desplazar a Bolsonaro y le lanza graves acusaciones. Las contradicciones se extienden entre el jefe del ejecutivo y del judicial. Ambos disponen de redes de apoyo que tornan más difícil una previsión del futuro inmediato.

Se trata de una pugna que conduce a varios pedidos de *impeachment* de Jair Bolsonaro entre las fracciones de derecha y también de la izquierda. Ésta se encuentra en una situación compleja para evitar que sus posiciones a favor de la destitución de Bolsonaro sean aprovechadas por los apoyadores del juez Moro, proyectado nuevamente como el héroe en la lucha contra la corrupción.

En la actualidad, la izquierda perdió su papel protagónico e intenta agruparse para detener la pérdida de derechos básicos duramente conquistados por el pueblo brasileño. Pero en sus filas emerge un profundo pesimismo sintetizado en el mensaje de Leonardo Attuch cuando se cumplieron cuatro años de la destitución de Dilma Rousseff en 2020:

No desanimen, hoy es solamente el inicio de una larga marcha para la reconquista de la democracia en Brasil, después del golpe. No nos desanimamos, ni desanimaremos. Pero tengo miedo que nos encontremos en estos años solamente en el comienzo del camino. Y no sé si sobrevivirá Brasil, ni como idea, ni como nación, ni como territorio (Attuch, 2020: s/p).

BIBLIOGRAFÍA

- Amaral, M. (2016). "Jabutí não sobe em árvore: como o MBL se tornou líder das manifestações pelo impeachment". En Jinkings, I.; Doria, K. & Clero, M. *Para entender o impeachment* (pp. 49-54). São Paulo: Boitempo.
- Amorim, P. (2015). *O quarto poder: uma outra história*. São Paulo: Hedra.
- Attuch, L. (12 de mayo de 2020). "Quatro anos de golpe e destruição do Brasil". *Brasil 247*. Recuperado de <https://www.brasil247.com/blog/quatro-anos-de-golpe-e-destruicao-do-brasil>
- Buarque de Holanda, S. (2014). *Raízes do brasil*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Braga, R. (2015). *A pulsão plebeia. Trabalho, precariedade e rebeliões sociais*. Brasil: Alameda.
- Carvalho, I. (26 de mayo de 2020). "Ofensas, palavrões e ameaças: por que bolsonaristas gostaram do vídeo da reunião?" *Brasil de Fato*. Recuperado de : <https://www.brasildefato.com.br/2020/05/26/ofensas-palavroes-e-amecas-por-que-bolsonaristas-gostaram-do-video-da-reuniao>

- Chaui, M. (2013). “Uma nova classe trabalhadora”. En Sader, E., *Lula e Dilma: 10 anos de governos pós-neoliberais* (pp. 123-134). Brasil: Boitempo Editorial.
- Dos Santos, W. (2017). *A democracia impedida: o Brasil no século XXI*. Río de Janeiro: Editora FGV.
- Ferreira, R. (2013). “Dez anos de promoção da igualdade racial: balanços e desafios”. En Sader, E., *Lula e Dilma: 10 anos de governos pós-neoliberais no Brasil* (pp. 362-374). São Paulo: Boitempo Editorial.
- Fiori, J. L. (2013). “O Brasil e seu entorno estratégico na primeira década do século XXI”. En Sader, E., *Lula e Dilma: 10 anos de governos pós-neoliberais no Brasil* (pp.31-51). São Paulo: Boitempo Editorial.
- Garcia, M. A. (2013). “Dez anos de política externa em Lula y Dilma”. En Sader, E., *Lula e Dilma: 10 anos de governos pós-neoliberais no Brasil* (pp. 53-67). São Paulo: Boitempo Editorial.
- Gomes, M. (1 de abril de 2019). “O complexo do vira-lata e a vontade de ser aceito por estrangeiros” *Monitor mercantil*. Recuperado de <https://monitormercantil.com.br/o-complexo-do-vira-lata-e-a-vontade-de-ser-aceito-por-estrangeiros>
- Jinkings, I., Doria, K., & Cleto, M. (2016). *Por que gritamos golpe? Para entender o impeachment e a crise política no Brasil*. São Paulo: Boitempo Editorial.
- La Vanguardia* (18 de abril de 2016). “Un diputado brasileño dedica su voto a favor del ‘impeachment’ al general que torturó a Rouseff”. *La Vanguardia*. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/internacional/20160418/401189011196/diputado-brasileno-dedica-voto-favor-impeachment-general-torturo-rousseff.html>
- Lopes, M. (2016). “As quatro famílias que decidiram derrubar um governo democrático”. En Jinkings, I.; Doria, K. & Cleto, M. *Por que gritamos golpe? Para entender o impeachment e a crise política no Brasil* (pp. 119-126). São Paulo: Boitempo Editorial.
- Lula da Silva, L. (julio-diciembre de 2002). “Discurso del señor presidente de la República, Luiz Inácio Lula da Silva, en su toma de posesión 1 de enero de 2003”. *Estudios Latinoamericanos*, IX(18), 189-197.
- Lula da Silva, L. (2013).” O necessário, o possível e o impossível. Entrevista concedida a Emir Sader e Pablo Gentili”. En Sader,

- E., *Lula e Dilma: 10 anos de governos pós-neoliberais no Brasil* (pp. 9-27). São Paulo: Boitempo Editorial.
- Machado da Silva, J. (2013). *Jango, a vida ea morte no exílio*. Brasil: L&PM Editores.
- Mançano, B. (2013). “A reforma agrária que o governo Lula fez e a que pode ser feita”. En Sader, E., *Lula e Dilma: 10 anos de governos pós-neoliberais* (pp. 191-205). Brasil: Boitempo Editorial.
- Maringoni, G. (2016). Rumo a direita na política externa. En Jinkings, I.; Doria, K. & Cleto, M., *Por que gritamos golpe? Para entender o impeachment e a crise política no Brasil* (pp. 77-83). São Paulo: Boitempo Editorial.
- Paraná, D. (2008). *Lula, o filho do Brasil*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo.
- Partido dos Trabalhadores (1998). *Partido dos Trabalhadores: resoluções de encontros e congressos: 1979-1998*. Brasil: Partido dos Trabalhadores, Fundação Perseu Abramo.
- Robertson, G. (2017). Apresentação. En Zanin, C.; Zanin, V. & Valim, R., *O caso Lula: A luta pela afirmação dos direitos fundamentais no Brasil* (pp. 17-27). São Paulo: Contracorriente.
- Rocha; E. (2009). “Corredor moral”. En Souza, J., *A ralé brasileira: quem é e como vive* (pp. 353-383). Belo Horizonte: Editora UFMG.
- Sader, E. (2013). *Lula e Dilma: 10 anos de governos pós-neoliberais no Brasil*. São Paulo: Boitempo Editorial.
- Singer, A. (2012). *Os sentidos do lulismo: reforma gradual e pacto conservador*. São Paulo: Editora Companhia das Letras.
- Singer, A. (10 de junio de 2020). “André Singer: no autoritarismo furtivo, existe uma fachada de legalidade” (F. Haddad, entrevistador). *Brasil 247*. Recuperado de <https://www.brasil247.com/>.
- Souza, J. (2009). *A ralé brasileira: quem é e como vive*. Belo Horizonte: Editora UFMG.
- Souza, J. (2017). *A elite do atraso: da escravidão à Lava Jato*. Rio de Janeiro: Leya.
- Souza, J. (2018). *A classe média no espelho: sua história, seus sonhos e ilusões, sua realidade*. Rio de Janeiro: Estação Brasil-Sextante.
- Zanin, C., Zanin, V. & Valim, R. (2017). *O caso Lula: a luta pela afirmação dos direitos fundamentais no Brasil*. São Paulo: Editora Contracorriente.